

REVISTA DE LA SEMANA.

Difficil es hacer una reseña de los acontecimientos de esta semana. ¿Y cómo sería posible coger al vuelo las cosas y personas que en estos siete dias han pasado, llevadas en rapidísima carrera por el terrible sudeste que le ha sacudido el polvo a la empolvada villa de Madrid? ¿Quién sería capaz de detener el veloz oleaje atmosférico que ha arrastrado tras sí las tejas y las opiniones, las chismeneas y los discursos, las paredes y las profesiones de fé? ¡Singular complicidad del viento y del aura popular!

Viérais al honrado ciudadano cruzar entre borrascas las plazas y calles, y trabajando por coger un par de rizos a su capa, esta hinchada, por el huracan, le arrastra y le envuelve. Parece un hipogrifo que tiende sus inmensas alas para volar: el sombrero se eleva a mas serenas regiones. El hombre estiendo los brazos y busca un poste de farol a que asirse: el rebelde trapo azota su rostro, el polvo le ciega, un perro se enreda entre sus piernas, y el pobre naufrago cae sobre un montón de escombros, se rompe una clavícula, se aplasta la nariz y se queda sin sombrero, con la capa hecha girones y el alma atribulada y llena de congojas.

Viérais a la venerable matrona cruzar impávida por la Puerta del Sol, y al llegar a media travesía, es arrebatada su corpulenta humanidad por una ráfaga, pugna con el huracan y eleva al cielo sus manos pidiendo socorro. Sus enaguas agitadas en terrible remolino hacen el ruido de una tromba marina, su sombrilla se vuelve del revés, su sombrero canastillo izado en el alto tope de su cabeza piramidal, rompe las ligaduras que lo atan bajo la garganta, y surca el espacio con la velocidad de un gerifalte. La pobre señora, combatida por los elementos, se contrae, se estira, gesticula, apostrofa, baila, vacila, se tambalea; pero todo en vano: no bastan a sostener su cuerpo los anchos pedestales con que pródiga la dotó la Naturaleza. Ya está a punto de irse a pique: le entra el agua por entrambos costados, y el viento le ha puesto la proa en tan mal estado, que se le va entrambas manos a ella para impedir un deterioro. En este trance horrible aparece un coche de dos caballos. ¡Horror! La fragata humana va a ser destrozada por el faeton. El cochero, sin embargo, teme salir mal parado en el choque, y detiene a sus animales; pero la lanza ha amenazado muy de cerca la hélice de la señora, y esta viene al suelo con fragoroso estruendo: grita el público soberano. Se forma un corrillo: un gallego trata de levantar a la señora; pero ella se siente ofendida en su pudor y vuelve a pedir socorro. Trata de componer el velamen, de tapar el casco descubierto; sus espejuelos yacen por el suelo: un gatera los coge para dárselos; pero la señora sintiendo ofendido su honor, vuelve a pedir socorro. Busca la sombrilla; no está. Busca el manguito; ha metido un pié en él. Busca el boá; lo tiene enredado en la cintura. Busca el sombrero; huyó a mas altas regiones. Mal sostenida, averiada, gruñendo y pidiendo socorro, llega a la acera. El viento sigue haciendo estragos, y los hombres y las mujeres continúan volando por calles y plazuelas.

Este furor aerostático parece haberse comunicado a las cosas y a todos los productos intelectuales y morales. ¡Estraordinaria velocidad! No he conocido semana en que hayan volado y pasado tantas cosas. El soplo vigoroso del aura política, del aura callejera, han arrastrado ante nosotros innumerables sucesos. Veamos si es posible cazar al vuelo algunas piezas.

No hay quinina, ni ruibarbo, ni hipecacuana, ni higado de bacalao, ni medicina ni veneno alguno que, al ser tragado, haga tan mala impresion como la que ha hecho en el paladar de los neo-católicos el discurso del duque de Valencia. Después que hay neos en el mundo (y la cosa lleva fecha), no se han visto caras tan mustias como la que sacó *La Constanza* el miércoles. Ahí es nada. Constitucional, parlamentario, liberal! Esto es ya demasiado fuerte para la delicada e impresionable complexión de los neos. Sosegáos, espíritus timoratos y pesimistas. La cosa nea está lejos todavia; el *quid obscurum* no ha pasado aun del estado de utópia, y probablemente, si Dios quiere seguir favoreciendo a estos pobres españoles, esa paradoja no será nunca una verdad. La tierra de promision huye entre ellos desvanecida, porque es tan solo fantástico mi aje, óptica falaz que les desvaneca y atrae.

Hasta el periódico tonto de solemnidad se ha permitido ponerse triste por el discurso del ministro. ¡Oh! séráficos discípulos de Torquemada: muchos y grandes sustos os esperan. Muchas bascas, fatigas y congojas os ha de causar esa pícara libertad que no queréis. El ministerio de misa y olla no pasará del sueño a la realidad, del embrión al cuerpo, de la sacristia al presbiterio;

Los periódicos extranjeros nos hablan de los casamientos que, por su importancia, han dado mucho que hablar a todos los solterones y desocupados de esta tierra. Estos casamientos son el de la duquesa de Morny con el duque de Sesto, el de la Patti con no sé quién, y el de Don no sé cuántos con la hija de los ex-duques de Toscana. Con la noticia del casamiento de la duquesa de Morny va unida la de su conversion a la religion católica. Parece que al morir el duque, su mujer se cortó el pelo, un magnífico pelo que desesperaba a todas las mujeres de París. Esta señal de duelo, muy comun en Rusia, de donde es la duquesa, indica en el rito de la iglesia cismática una resolución firme de no encontrar segundas nupcias. La que tal hace se crea un impedimento ineludible, al menos en la comunión griega. Pero todo tiene remedio en este mundo. «París vale una misa», dijo la duquesa, y se convirtió.

El segundo matrimonio es noticia ya un poco vieja, y, lo que es peor, desmentida por la interesada. El tercero es noticia que poco nos importa; mas no así a los neos, que tan tersamente se conducen en estos asuntos. Ellos dan gran importancia a todas estas cosas. ¿Cuál será su idea? ¿qué esperan de esos niños a cuyos nombres ha upido la opinion un epíteto que está en camino de ser tan inmor-

tal como Carulla? Porque nos hablan del príncipe A., del príncipe B., de Trieste, de...

Pero ¡qué veo! ¡otra vez el viento se lleva mi arísculo, mi acontecimiento, mis tres acontecimientos, mis tres bodas!... Busquemos otro suceso.

B. PEREZ GALDÓS.

Continuacion del diario de la reina Victoria.

Carecemos de espacio para hacer citas que dieran idea de la manera como la excelsa autora vierte sus impresiones y pone en escena los objetos que pasan ante su vista.

Los siguientes párrafos podrán servir de muestra: «Castillo de Dommond, 11 de Setiembre.

Alberto se levantó a las cinco de la mañana para ir a cazar gamos.

Todos los «hijablanders» (montaraces con ensiguillas) de la servidumbre de lord Willoughby estaban formados en el patio, su hijo mayor y el coronel Dommond a su cabeza. Acompañados de la duquesa de Norfolk y de lady Willoughby, pasó entre las filas de esta vistosa tropa y se nos enseñó una espada que habia servido en la batalla de Banooburn.

Poco antes de las tres, tuve la dicha de ver volver a Alberto («a little before three to my joy» Alberto returned); venia quemado del sol y muy cansado; ha matado un venado, pero medice que le ha costado mucho trabajo rendir al animal.

«Castillo de Blaiz, jueves 12 de Setiembre.

Poco antes de las cinco, Alberto me sacó a paseo en un phaeton. ¡Qué hermosa vista! ¡Qué naturaleza tan agreste! ¡Qué combes de perspectiva tan variados y para mí nuevos! Después de haber recorrido el valle de Glen-Tilt, atravesamos un bosque que costea el rio Garry y nos encontramos en una llanura deliciosa.

¡Qué día tan grato! Nada iguala las bellezas de la naturaleza. ¡Cuánta felicidad encontramos en ellas! Alberto se halla en éxtasis en estas montañas. Heredó de su padre la afición a las bellezas de la naturaleza.»

El sentimiento con que la reina Victoria se separaba de las cumbres de la pintoresca Caledonia se halla consiguientemente consignado en su «Diario»; pero sabido es que la jornada de Escocia terminaba a primeros de Noviembre, y la familia real se despedía de Balmoral con vivo deseo de volver a habitarlo al otoño siguiente.

No nos queda espacio para insertar las oportunas citas de poetas y de escritores que de cuando en cuando hace la reina y que realzan el interés de sus relaciones, como tampoco podemos transcribir las diarias y sencillas observaciones referentes a sus hijos y al régimen doméstico de la familia que se encuentran en cada página y hacen el principal mérito del libro para la generalidad de este público, esencialmente individual y casero.

Los que sepan el inglés leerán con gusto esta producción sencilla y modesta de la mujer que, colocada sobre uno de los primeros troncos del universo, tan perseverante culto rinde a los deberes y a las afecciones de la familia.

GALERIA DE FIGURAS DE CERA (1).

IV.

BARDON.

Ocho piés de estatura, tronco robusto, cabeza torcida a un lado, color moreno, aspecto grave, mirada fija, andar seguro; tales son los principales rasgos de cuerpo y fisonomía que se observan en la figura que intentamos hoy describir.

D. Lázaro Bardon nació en... no sé si fué en Corinto ó en Sicyone; pero si estoy seguro de que fué en una ciudad de aquella lejana tierra del Peloponeso, tan fecunda en héroes y pastores. Educóse por un régimen gimnástico

(1) Figuras descritas: Frontaura, Ferrer del Rio, Hartzenbusch.

conforme a los principios del respetable señor Lieurgo, y habiéndose distinguido en unos juegos olímpicos celebrados en Esparta, adquirió la amistad del rey Leónidas, que lo llevó consigo en la expedición contra los persas. Peleó como un bravo en las Termópilas; fué herido, murió y resucitó dos mil años después en la aldea de Inicio (provincia de León en España), se educó de nuevo en el seminario de Astorga, pasó luego a Madrid, enseñó su primera lengua natal, el griego, adquirió gran reputación, ganó por oposición una cátedra de la Universidad central, y allí lo tenéis enseñando la lengua de Aristóteles con tal maestría como pudiera hacerlo Aristóteles mismo.

A pesar de la transformación que ha sufrido a este ser desde el país clásico de la belleza a la tierra clásica de los garbanzos, continúa tan griego como antes. Si lo veis con su cuello torcido a un lado, su mirada fija siempre en el suelo, su aspecto general un poco rudo, vendreis conmigo en que aunque griego por los cuatro costados, tiene poco de ateniense por el aspecto. No: Alibiades y Pericles no eran así. Bardon es ático por la inteligencia, espartano por la voluntad, hecoció por la forma. Si se hubiera presentado en el mercado de Atenas, las verduleras sin necesidad de escucharle le hubieran dicho como a Theofrasto: «tú no eres ateniense». Y tal vez hubieran añadido: «tú eres de la provincia de León». Su figura no está tallada en Paros diáfano, puro y resplandeciente. Lo han hecho con un inmenso trozo de Pentélico, piedra un poco basta, pero sumamente sólida. Viste con severidad estremada, sencillamente y sin adorno de ninguna clase; le veis erguido y severo como una columna dórica; y si su rostro fuera un poco menos varonil, creeriais tener delante a una de aquellas vigorosas columnas que representaban a las infelices mujeres de la Caria, soportando inmóviles la pesadumbre del arquitrabe. Efectivamente, aquel incorregible torcer de cuello de la cariátide Bardon, parece motivado por un estraordinario peso del arquitrabe, ó sea un sombrero.

Este espartano de la enseñanza es uno de los mas eminentes catedráticos del esclarecido magisterio español. Saber profundo, vasta erudición, exacto criterio, ática penetración: hé aquí el sábio. Rigoroso y estudiado método, clara esposición, correctas formas, razonable condescendencia, rectitud y justicia en premios y censuras: hé aquí el catedrático. Estraordinaria bondad, trato un poco rígido, pero agradable, virtudes eminentes, pasajeros accesos de irascibilidad seguidos siempre de reacciones generosas, amor a la libertad, amor a la justicia, amor al prójimo: hé aquí al hombre.

Preguntad a los pobres ilotas de su clase por el dórico Bardon. Preguntad a sus amigos, a sus compañeros. Y si quereis conocer los quilates de su irgenio, leed ese portentoso libro titulado *Testamento civil*, en que demostró estraordinarias dotes de estilista, que de ser cultivadas le harian ocupar como escritor un puesto tan elevado como el que ocupa en calidad de filólogo.

Pero hay un hecho en su vida que basta a formar la reputación de un hombre, hecho que prueba la energía de su carácter, y al mismo tiempo el entrañable amor que profesa a su cara madre, la lengua griega. Trató de imprimir un libro de temas para el uso de los alumnos de la Universidad. La empresa era difícil: la tipografía española no está muy fuerte en el manejo de los caracteres griegos. Bardon, después de probar en varias imprentas, se convenció de que los cajistas madrileños no sirven para el caso: además él queria publicar una edición intachable, limpia de errores, una

«Desde hoy entre los dos habrá un abismo.»
Y contestó el tunante:
«Yo desde que te vi dije lo mismo.»

* * *

El general Chafarote dijo á su amigo Morquecho:
—«Cuántas conquistas he hecho, se las debo á mi bigote.»
Y el otro contestó:—«Nada eso me sorprende á fé; pero mejor fuera que las debieses á tu espada.»

* * *

Al perder su último amante la ya madura Isabel, exclamaba:—«En adelante viene el cura por delante ó á ninguno doy cuartel; con todos sin excepción haré de desden alarde...»
Y la respondió un guason:
—«Buena es la resolución; pero me parece tarde.»

* * *

Un conocido nuestro recibió un día una es-
quela de defunción, con la siguiente fórmula al final:

«Se suplica encarecidamente el coche particular.»

En semejante apuro, no pudiendo asistir en persona, remitió el coche en que acostumbraba á pasearse. Envió sus botas con un criado.

* * *

Preguntaba una joven tartajosa en la redac-
ción de *La Constancia*:

—Dígame usted, señor portero, ¿se ha metido aquí un bodegon con pata, davo y cuennos?

El portero, todo convulso y lleno de cólera:
—Señora, aquí no hay mas bodegon que la redacción del periódico *La Constancia*.

La pobre joven se marchó confusa. Pregun-
taba por un borrego que se había escapado de la casa inmediata, y que para significar lo gran-
de que era le llamaba borregon.

* * *

En una taberna:
—¿Me da usted media copita de tres hectó-
litros?
—Caballero, hasta Julio no rige el sistema animal.

* * *

En la calle de Sevilla:
—Sr. D. Juan; caballero, ¡Sr. D. Juan!
—¿Eh?
—Me muero de hambre.
—Lo siento.

—Hoy es sábado; aun debo á mi estómago el almuerzo del lunes. Yo preferiría debérselo á un fondista; pero qué quiere usted, nadie fia. Me he comido unos guantes de castor, el forro del sombrero y me comeré el jergon de la cama, y acabaré por convertirme en antropó-
fago, ó comerme al primer bribon que encuentre; no me queda otro recurso, Sr. D. Juan.

—Pues eso es lo mejor que puede usted ha-
cer, y comenzar por comerse á sus compañeros.

* * *

Hé aquí un progreso notable:
Los periódicos extranjeros dan cuenta de una nueva invención para la guerra, pero de un carácter verdaderamente filantrópico.

¿Ha oído hablar usted de la bomba narcó-
tica?

Pues se ha descubierto un gas que se escapa lentamente de la bomba y se esparce á quinientos ó seiscientos metros alrededor.

Este gas es infecto, mofético; sin embargo no mata; adormece solamente.

obra que el público ha oído sin disgusto, pero con indiferencia.

Y no podía suceder otra cosa. ¿Quién había de interesarse con aquel repetido secreto entre la Chismosa, á la cual todos tenían la inocencia de confiar lo que pensaban, y los demás á quienes ella lo refería sin pérdida de tiempo? ¿A quién había de agradar este molesto tipo, que solo puede llamar algo la atención de tarde en tarde, y precisamente cuando se intrusa (como sucede varias veces) en el terreno de dos caracteres mas importantes y mucho mas dramáticos que el suyo: el de la murmuradora y el de la hipócrita?

La *chismosa* es, pues, la representación de esas pequeñas y enojosas escenas de que todos huimos en la vida doméstica. Natural era que huyéramos de ellas tambien en el teatro; y si así no ha sucedido del todo, débese á la forma de la comedia, que no puede ser mas agradable.

Mas ya que tanto hemos hablado de esta Chismosa, por Dios que no sea contagioso el ejemplo, y le vayais diciendo al autor que no nos gusta su última obra. Si no quereis callarlo, por lo menos añadid (porque es de justicia) que nos encanta su versificación, que la estructura del plan es muy ingeniosa, y que sentimos en el alma que emplee su indisputable talento, en obras de tan poca importancia.

Y basta ya de *La chismosa*, porque nos está esperando nada menos que *El ángel de la muerte*.

Santiguémonos y adelante.

* * *

Al leer el calificativo de «fantástico» que precede en los carteles al nombre de este drama, comenzamos desde luego á temer grandemente por su éxito.

En nuestra opinion, el poeta que en pleno siglo XIX tiene que acudir á lo fantástico y so-

La explosión de la bomba que le contiene no produce ruido alguno. Cae en medio de un regimiento, nadie se apercibe, salta el tapon, sale el gas, y todos los que le respiran se duermen con el sueño del justo.

El sopor dura veinticuatro horas, ni mas ni menos.

El ejército enemigo no tiene mas cuidado que el de desarmar á los durmientes y colocarlos en wagones como si fueran corderos. Se destruye el ejército, sin necesidad de matar un hombre.

El inventor de estas bombas es mas digno de una estatua que el del fusil Chassepot y el del cañon Astrom y las bombas de incendios.

* * *

En la calle Mayor, en el local que ocupaba el Café nuevo del Siglo, se ha establecido ahora otro que ostenta atrevidamente el siguiente título:

Café interior de los Campos Eliseos.

Pues señor, una de dos. Ó Madrid es un pequeño rincón de los Campos Eliseos (lo cual, lo mismo en el sentido real que en el traslación nos parece un poco aventurado), ó el dueño del citado café ha querido probarnos que son unos pobres tontos esos físicos que dicen que el contenido se halla dentro del continente.

Por su bien y por el de sus parroquianos, nos alegraremos de que el dueño haga mejor los sorbetes que los rótulos.

Si no, está divertido.

* * *

¿Qué gran cuestión han sostenido esta semana los periódicos sobre si Cain mató á su hermano con una quijada de jumento, ó si fué con quijada de...?

La Constancia opina por el asno (no decimos que es de su opinion). *La Reforma* no admite la tesis.

Descamos que se resuelva pronto esta cuestión. *Sum cuique*. Si la quijada es del asno,

brenatural para interesar y conmover, ya está juzgado.

Para nosotros, nada hay mas maravilloso que el orden de la naturaleza y nada mas interesante y mas grande que el corazón humano. Desacato y absurdo á un tiempo nos parece venir á turbar su portentosa armonía con mentirosos milagros, brusca solución de continuidad en un mundo que nunca puede ser mas magnífico que cuando está en el amplio ejercicio de sus funciones naturales.

Así sucede que el espectador de nuestra época, presintiendo todo esto y mas conocedor que sus ascendientes de la íntima grandeza del espíritu y del universo que le rodea, se muestra indiferente ante todas esas apariciones y fantasmas. Nada dicen á su alma; y vana locura es en el poeta querer perderse por unos espacios, á donde los que le escuchan no quieren ó no pueden seguirle.

Mas, sin embargo, dados los defectos del género, pensábamos ver en *El ángel de la muerte* una obra artística y meditada. Por desgracia estábamos engañados.

El doctor Hary, protagonista de la obra, es ni mas ni menos que un caualla que firma un pacto con la Muerte, en virtud del cual ella le dará riquezas y felicidad, y él comerá la infamia de dejar morir á todos los que se encomienden á sus cuidados, en cuanto la Muerte los señale con el dedo. Y este asesino de su tío, cuya herencia disfruta, así como de otros infelices que de él se fiaron, aspira á ser el héroe, el personaje noble y simpático del drama!

La Muerte, aunque parezca extraño, es el tipo cómico de la obra. En prueba de ello, observad cómo el público ríe ya cuanto la ve presentarse. Reparad tambien en la humildad con que se aparece al doctor para decirle: «Mira: hace tiempo que no me dejás ejercer mi profes-

dénsela al asno: si es de *La Constancia*, dénsela á *La Constancia*.

* * *

Hace tiempo que llamó la atención en París una fotografía que representaba á Alejandro Dumas, padre, retratado con miss Menken en una posición muy íntima. Un escándalo del mismo género ha tenido lugar en Alemania. Se ha publicado una fotografía donde está representado Mr. de Bismark al lado de la Lucca, prima donna de la ópera de Berlín. Los amigos políticos de Mr. Bismark se indignaron con esta fotografía. La sociedad conservadora de Pomerania ha publicado una carta dirigida al primer ministro prusiano, para quejarse de su abandono y del escándalo que ofrece la fotografía.

M. Bismark ha tratado de justificarse en cuanto al retrato. Ha referido que durante las conferencias de Gastein, pequeña ciudad muy divertida, encontró á la señorita Lucca y le propuso dar un concierto. Ella consintió, pero con la condición de que el ministro se dejara fotografiar con ella en la misma tarjeta. M. de Bismark, que se fastidiaba mucho, dió su consentimiento para poder oír á la señorita Lucca.

Hé aquí cómo la fotografía del primer ministro del rey Guillermo y de la prima donna de la ópera de Berlín se encuentra haciendo juego con la fotografía de M. Alejandro Dumas y miss Menken.

* * *

Hace algunas noches que se descolgó *La Lealtad* con un artículo titulado *El Ateneo*. Creímos que diría alguna barbaridad contra esta corporación; pero leímos el artículo y no encontramos sino unos versos de Breton, otros de Zorrilla, y algunas estrofas de prosa prosaica, de esa que tan bien sabe hacer *La Lealtad*.

Los versos de Zorrilla dicen:

«Hermanos: para hacer los emisferios templos son menester, no falansterios.»

sion: pídemelo lo que quieras; pero por Dios, permíteme que trabaje un poco.»

Al verla tan aburrida de su oficio, casi dan ganas de ser gobierno para ofrecerle un desti-
nillo en un estanco, ó propietario para colocala decentemente en una portería. Es decir, que el autor ha conseguido una cosa tenida hasta hoy por imposible: hacer que nos riamos de la muerte.

¿Y aquel otro doctor tan charlatan y tan paciente? ¿Y aquel baron tan cínico? ¿Y aquel padre tan criminalmente tonto? ¿Y todos aquellos personajes, en fin, tan inverosímiles ó descoloridos? No hay que dudarlo: la obra no puede ser mas fantástica.

Solo una cosa grande tiene en su conjunto; la idea, mas presentida que explicada, y que en dos ó tres ocasiones da brillantes llamaredas, con lo cual se nota mas aun la oscuridad y el vacío que reina en el resto de la obra.

Inspirado *El ángel de la muerte* en esa larga serie de leyendas alemanas, todas con el mismo asunto y todas sintetizadas en el gran poema de Goethe, por fuerza habia de tener, al tratar de representar esa eterna y gigantesca lucha de la fé y la ciencia, algo por poco que fuese del vigoroso fulgor que deslumbra en las altísimas creaciones germánicas, así como el que largo rato contempla el sol, guarda luego dentro de su pupila algunos fugitivos resplandores.

Nótase, pues, en toda la obra cierto vago ambiente, como el aliento de una gran idea, muy superior al poeta que no ha sabido llegar á comprenderla. Hé aquí por qué el espectador, en medio del desacierto de la ejecución, no puede menos de decirse al contemplar el conjunto:

«Por aquí ha pasado algo sublime.»

¡Pero no ha hecho mas que pasar, por desgracia!

EMILIO.

TEATROS.

La chismosa.—El ángel de la muerte.

Dícese vulgarmente que los extremos se tocan, y nunca mejor que hoy cuadra repetir semejante proverbio teniendo que hablar en una sola revista de dos obras dramáticas como *La chismosa* y *El ángel de la muerte*.

En efecto; nada mas encontrado que el carácter de una y otra. En la primera vemos representado lo mas vulgar de la vida práctica, lo pequeño dentro de lo humano, lo mas miserablemente positivo y real sin tener siquiera la idealidad de lo grande. En la segunda, por el contrario, se pinta lo maravilloso, lo fantástico, lo sobrenatural, hasta lo absurdo. En una palabra (y pasmados de la diferencia) oyesse en esta un cuento alemán con toda su nebulosidad, pero sin su precisión de detalle y su lógica íntima de ideas; y en aquella solo se escuchan los cuentos de una ama de gobierno charlatana.

Pero ocupémonos de cada una de ellas por separado, siquiera sea en *tren express* y á gran velocidad, á causa del riquísimo espacio de que podemos disponer.

* * *

¡*La chismosa*! Con solo oír su título, podeis figurarós lo que dará de sí esta comedia. Un enredo mas ó menos original y mas ó menos hábil nacido de los cuentos y hablurías de una mujer, que por fuerza al final de la obra habrá de recibir su condigno castigo.

Esto, sin quitar ni poner, constituye efectivamente la última comedia del Sr. Gaspar;

